

ANDRÉ MARTINET, HENRIETTE WALTER. *Dictionnaire de la prononciation française dans son usage réel*. France-Expansion, París, 1973. 932 págs.

Es manifiesta la utilidad —científica y práctica— de un diccionario de pronunciación en aquellas lenguas cuya grafía tradicional carece de transparencia y se ajusta escasamente a los datos fonológicos. En otras lenguas, como la nuestra, la elaboración de tal diccionario sería una labor un tanto bizantina. Ciertamente que no todos los hablantes hispánicos articular los fonemas del español con particularidades fonéticas constantes e invariables, pero en un par de páginas se pueden indicar las variantes fonéticas que cada fonema del español presenta en grupos bastante numerosos y homogéneos, según su estrato cultural o según su procedencia geográfica. Por el contrario, en lenguas como el francés la grafía es lo suficientemente anárquica e inconsecuente para que, salvo en las palabras de uso más corrientes, el hablante vacile antes de decidirse a adoptar una u otra pronunciación (y no digamos con los nombres propios). Por ello existen numerosos diccionarios —aparte de los bilingües— que ofrecen la transcripción fonética de cada palabra francesa, e incluso algunos específicamente dedicados a la pronunciación.

Ahora se publica uno nuevo, elaborado en cinco años por el eminente lingüista André Martinet y su colaboradora Henriette Walter. Y al decir *nuevo* no sólo aludimos a su reciente publicación, sino a la novedad que representa el enfoque con que se ha redactado.

En el prófalo los autores exponen claramente su intención. Sus predecesores partían de la creencia de que sólo es válida una sola pronunciación correcta de las palabras francesas, aquella que se consideraba propia de la burguesía parisiense o de los parisinos cultivados. En los últimos treinta años, constantes observaciones han mostrado que tal pronunciación normativa no es real, que no sólo cada grupo social o regional se atiene a normas diferentes, sino que existen divergencias muy notables entre los componentes de un mismo grupo cultural o de una misma clase de la sociedad, e incluso entre

los hablantes adscritos a actividades como las de la radio y la televisión que a primera vista parece que deberían guiarse por una norma unificada. En consecuencia, un diccionario de pronunciación de la lengua francesa según su uso real no puede limitarse a ofrecer consignas únicas basadas en la decisión arbitraria de considerar correcto sólo un tipo de articulación y condenar los demás. Ello entrañaría dos peligros: uno, que los hablantes que creen pronunciar bien pierdan la confianza en sus propias normas; otro, que los hablantes no demasíadamente seguros de su competencia fonética tiendan a deformarla sin auténtico fundamento aceptando lo que se les prescribe.

Por ello creen los autores que la única solución científica y honrada es abandonar el criterio precedente de elevar a norma correcta un solo tipo de pronunciación, y observar con rigor las latitudes de variación que en realidad coexisten entre hablantes cultivados cuyas producciones articulatorias no resulten chocantes.

Para esto se han elegido diecisiete informantes, de ambos sexos, cuyas edades abarcan una amplia gama cronológica (entre los 20 y los 71 años), con el denominador común de ser personas de cultura, residentes en París pero de gran movilidad geográfica. Así las pronunciaciones aceptadas no se caracterizan por la precisa localidad en el país y tienen en común la particularidad de resultar inadvertidas para el interlocutor, que, de esta manera, no verá perturbada su atención fundamental hacia el contenido del mensaje.

Como muchas palabras no presentan diferencias apreciables de pronunciación entre unos y otros hablantes, era inútil someter todo el vocabulario a encuesta de los informantes. Partiendo de las 50.000 palabras del «petit Robert» se contrastó la pronunciación recomendada con las señaladas por una decena de obras diversas sobre la cuestión. Cuando había acuerdo entre ellas, se aceptó la pronunciación como normal. Cuando, en cambio, lo prescrito en unas u otras no coincidía, se sometió al criterio fonético de los diecisiete informantes. Las palabras cuestionadas resultaron unas diez mil. En el diccionario,

las primeras, de pronunciación no dudosa, aparecen en negritas, mientras que las diez mil de pronunciación variable se imprimen en versales y llevan las diferentes pronunciaciones registradas con indicación de los distintos informantes.

En la Introducción (págs. 13-53), los autores detallan sus propósitos y examinan la labor de sus predecesores, señalando los criterios que adoptan tanto para la elección de los informantes como para la decisión normativa de la pronunciación. Hay temas que merecen mención: el tratamiento de los sufijos y prefijos, y sobre todo la cuestión del «e muet» y la exposición de los rasgos generales fonológicos de los informantes, resumidos en los esquemas de las páginas 35-36. Todo ello resultará muy útil sobre todo para el profesor de francés en otros medios lingüísticos.

En resumen, creemos que esta obra logrará difusión extraordinaria. La precisión y objetividad de la encuesta, la claridad y sencillez de la presentación y el equilibrado enfoque de los datos son virtudes pocas veces reunidas. Por ello ha de prestar grandes servicios a todos los dedicados al estudio y la enseñanza de la lengua francesa.

EMILIO ALARCOS LLORACH